

se complacis de oír lo que otros leían á su presencia, para ocultar mejor la suma congoja que oprimia su corazón. Iguales sentimientos se le advertían siempre que celebraba el augusto sacrificio; lágrimas y gemidos que edificaban; pero que le causaban grande mortificación, cuidó mucho de ocultar en el altar para no distinguirse del comun de sus compañeros, y ese disimulo era el que más realce daba á su virtud, á la manera del águila caudal, que mientras más descende, adquiere más fuerza para volar y se remonta hasta los cielos. Tuvo, pues, este admirable padre el don de lágrimas, por la abundancia con que las derramaba, en todos sus actos piadosos, y siempre que hablaba de Dios.

Sufrió muchísimo con la persecucion de la Iglesia, así por lo que consternaron su corazón las leyes dictadas contra ella y sus ministros, como tambien por la desmorslizacion que aquellas causaban en los pueblos. Celoso como Elías, de la gloria de Dios y del respeto á las cosas sagradas, prefería la muerte á una vida amarga que habria inmolado gustoso, con tal de lograr el remedio de tantos males. Las repetidas noticias que la prensa daba de los horrendos sacrilegios que se co-

metían en distintos puntos de la república, eran una espada de dos filos que dividía su corazón; mas obedecía las leyes como buen ciudadano, aunque poseído de mortal tristeza.

Marchita su alma como la flor, que con el tallo que le daba vida es de raíz arrancada, podía decirse que habia muerto segun el estado á que se encontraba reducido. No es necesario encarecer lo que padeció en estas circunstancias, porque basta fijar la vista en ellas para comprenderlo; hasta que el 6 de Enero de este año (1870), día de la adoracion de los Santos Reyes, volvió á ser atacado de un dolor que padecía, proveniente de treinta años de diarrea que amagó de muerte su existencia; en vano se apuraron los recursos de la ciencia para sanarlo; los mismos remedios que se le aplicaban, predisponían su físico para otro mal no ménos grave é incurable. Las muchas preces que se hicieron por su vida, consiguieron solo que se prolongara algunos días más; pero á principios de este mes, fué atacado de nuevo sin esperanza de remedio.

Muy de antemano tenia arregladas todas sus cosas, y esperaba solo como Job ser llamado de Dios para responder con prontitud y voluntad. En el tiempo en que estuvo en-

fermo y ya en los últimos días de su vida, recibió al Santísimo Sacramento, como Sagrado Viático, con la solemnidad posible y con la abundancia de lágrimas que derramaba siempre al celebrar el santo sacrificio de la misa. Un gran número de personas de las primeras clases sociales, lo mismo que otras de las medias y del pueblo, concurrieron á este solemne acto, el más augusto de nuestra religion, que por desgracia solo pudo desplegar su magnificencia en el templo, sacristía y pieza del enfermo, en que se dispuso un humilde altar para que descansara el Dios Omnipotente, que hace alarde de dispensar á la humana miseria lo más fino de su amor, volando á visitarle en su lecho de agonía. Oprimido el paciente con el peso inmenso de la grandeza del Señor que tenia delante, no ménos que de la gratitud á sus beneficios, no hay frases con que explicar los sentimientos de su corazon, ni la elevacion de su espíritu, cuando el padre que le llevó el Viático, tomó la Hostia en sus manos para que en la real presencia de Cristo, ratificase su profesion de fé, que lo puso en posesion de Dios, al recibir la sagrada Comunión. Si en las diarias que hacia celebrando la santa misa, la llama del

amor divino abrasaba su corazon, ¿á qué altura subiria esa llama en los momentos solemnes en que, todo era un soplo vehemente que la atizaba? Se le aplicaron la Extrema-Uncion y las indulgencias que guarda la Iglesia en sus tesoros, para satisfacer como buena madre las deudas temporales de sus hijos; y concluido aquel grandioso acto, se retiraron todos dejando solo al enfermo, que abrazado de Jesucristo, bebia hasta embriagarse en la fuente de delicias que ha reservado en el sacramento del amor, á quienes le son agradecidos. El testimonio de la conciencia que al acercarse la muerte es al pecador un juez severo, cuya mirada aterradora le espanta y le condena, fué para el P. Huesca un fiel centinela que impedia el paso á toda idea funesta que se atreviese á perturbar su paz, á acibarar el inmenso gozo que en tal instante le arrobaba y le poseia. Su corazon era el de San Pablo, que animado del valor de la caridad, desafiaba la tribulacion, la indigencia, la persecucion, la amenaza y aún la misma muerte, seguro de que nada sería bastante para separarle de Cristo. Pocos dias ántes de espirar conoció su muerte, é hizo llamar á su familia y adictos, para despedirse y darles encomien-

das, anunciándoles que era llegado el momento terrible en que el supremo Juez de vivos y muertos, iba ya á juzgar su alma. El cristiano, sea cual fuere el estado de su vida, no puede ahogar los sentimientos que la religion agita entónces en su pecho; el hombre arreglado se agita más en sus propósitos, se le allanan los caminos de la virtud, y se empeña en ser santo á toda costa; el vicioso, sobreco-gido de espanto al grito aterrador de la conciencia, detiene el paso en la carrera de sus desórdenes, siente un impulso extraordinario que apenas puede resistir, y sin querer lanza un suspiro envidiando la suerte del ejemplar sacerdote que muere. Los eclesiásticos se dan prisa en aquellos preciosos momentos para asistir á su compañero y amigo, que fijando la vista en el cielo, su verdadera patria, en esa mansion de delicias por la que tanto habia suspirado y en la que tiempo ha tuvo puesto su corazon; terminó su carrera mortal á la una de la mañana del memorable dia 4 de Febrero de 1870, y á los 56 años, dos meses, ménos quince dias de su edad, rezando, en latin, la Letanía Lauretana, é invocando el amparo de los Sagrados Corazones de Jesus y de María, en su advocacion de Rimini, con cuya mi-

lagrosa imagen espiró, puesta en un relicario sobre el pecho: cuya bendicion fué el último acto de su ministerio, y cuya devocion encargó se extendiese, como muy eficaz para la hora de la muerte, despues de haber colocado personalmente en diversos templos de la nacion, más de tres mil cuadros relativos á Jesus y María. con una pompa no comun, en medio de ovaciones sin cuento, conmovedoramente expresadas en estos últimos dias, por la devota clase indígena del pueblo de San Aparicio.

El sentimiento de su muerte es general, y la lloran inconsolables los que quedan sin tan buen padre, los que pierden en él al director de sus conciencias, al bienhechor que socorria sus necesidades, al amigo fiel que hacia suyas las aflicciones ajenas, al oráculo á quien se consultaba en los negocios más importantes, al hombre que en las necesidades públicas y privadas era la garantía salvadora de la más complicada situacion, al que como San Pablo, en fin, era todo para todos.

Mirad, pues, esas preciosas, exquisitas y fragantes flores, regadas no con rocío sino con lágrimas, y derramadas sobre el féretro, con tal abundancia, que más bien parece el túmu-

lo un ameno jardín; ved al niño al anciano,
la doncella y la viuda, las edades todas venir
á besar reverentes esos piés preciosísimos del
gran sacerdote, que incansables corrieron por
la senda del mundo, buscando al pecador, fa-
voreciendo al miserable, haciendo bien á to-
dos, y poned sobre su losa sepulcral, este sen-
cillo pero elocuente epitafio;

“Siempre hizo bienes y vivió cubierto
De bendiciones, y de amor profundo;
Cuantos le conocieron en el mundo,
Vivo le amaron y le lloran muerto.”

J. A. E.

CAPITULO XLI.

*De los aumentos y perfeccion que ha tenido el
convento de Oaxaca, de la Veracruz y de A-
tlilxco.*

Habiéndose tratado en el capítulo X del
Estado 2.º el modo con que se fundó el con-
vento de la ciudad de Oaxaca, en cuya habi-
tacion pobre vivieron los religiosos mucho
tiempo: despues por los años de 1646 se em-
pezó á perfeccionar, y á sacarlo para la ciu-
dad, porque ántes estaba la vivienda dentro
de un patio grande donde está el pozo de S.

Crónica, Tom. II 41